EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

Año V | REDACCION Y ADMINISTRACION Plaza de Cetina (antiguo local del Gobierno Civil) ANUNCIOS Á PRECIOS ECONÓMICOS | MURCIA 26 DE MARZO DE 1903 | PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN En Murcia, un mes. . . . . pesetas 1 Fuera, trimestre. . . . . » 3 NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES | Núm. 899

CRONICA

Es tradicional en España la costumbre de arrojar las piedras á nuestro propio tejado. Es decir, que en vez de procurar la ocultación de los vicios que dañen nuestro organismo nacional; en vez de cubrir cuidadosamente los boquetes que en el edificio social abren las enfermedades de que ninguna nación está exenta, tenemos el singular prurito, la extraña complacencia, de hacer pública ostentación de las deficiencias y cosas perjudiciales que, por desgracia, poseemos.

Y claramente resulta que si se empieza por no concederse á sí propios consideracion é importancia, mal puede uno esperar que los demás lo respeten y reverencien.

Es demasiada expontaneidad la española; es excesiva la franqueza con que sometemos al mundo entero, para que se rian de nuestra candidez, los defectos que nos afean.

No hacen eso Inglaterra ni Francia, no lo hace ningun Estado que cuida religiosamente de su prestigio, de la autoridad interior y de la consideración extranjera.

Por eso á caso tan digno de mención como lo es que el Tribunal de apelación de París haya desestimado la demanda de rehabilitación presentada ante el mismo por el Sr. Bailiaut, ministro que fué de Obras Públicas, sentenciado con ocasión del proceso de Panamá á cinco años de prisión, degradación civil y multa de setecientos cincuenta mil francos, se le concede solamente, en los diarios que más circulan, una escueta noticia. Porque se trata de un asunto de trás la frontera, de un ministro frances; que ha haber sido de un ministro español no fuera chica la tremolina armada.

Si, en vez de tratarse de un asunto extrangero, fuese de la Nación, habríase ya pedido hasta la cabeza del sentenciado: cuando ahora es la ocasión de dar publicidad á este asunto que escasamente nos afecta, para que su ejemplo sirviese de norma para el escarmiento, que mejor es escarmentar en ajena que en propia cabeza.

Otro tanto podriamos decir de Portugal, en cuyo presupuesto ha resultado un déficit de 761 contos de reis (segun nuestro cálculo unos cinco y medio millones de pesetas) déficit del que tambien por una noticia é ininteligible, porque pocos serán los que ajusten sus cuentas por contos, nos enteran los diarios.

Otro gallo nos cantara si aquí faltase dinero en los Presupuestos de la Hacienda. Las informaciones que publicasen los periódicos, las imprecaciones, los denuestos, las soluciones que expusiesen, los problemas que planteasen, los pavorosos posibles conflictos que detallaran, etc. etc., llenarian columnas y más columnas. Las cuales además de circular por toda la Nación, traspasarian los límites de nuestra casa, para llevar la hilaridad, ¡que no la compasión! á las de los vecinos.

Triste síntoma del carácter español es este de tirar piedras al propio tejado.

Y la prensa, (desgraciadamente hay que decirlo, en vez de velar y cuidar de ir corrigiendo y evitando esa lamentable y pública manifestación de absoluta carencia de sentido común, se complace muchas veces en hacerla más ostentible y palmaria.

Los sucesos de Valencia

(DESDE MADRID)

25-3-903

(POR CORREO)

Contienda entre republicanos

Nos comunican desde Madrid que durante la tarde última recibió la Agencia Mencheta el siguiente despacho telefónico:

Resulta imposible telegrafiar, porque la censura impide decir nada.

Los delegados del Gobierno que intervienen en las conferencias telefónicas despliegan gran rigor.

Prueba la situación de la ciudad, la siguiente conversación telefónica, mantenida en tono irónico:

«Reina tranquilidad; disfrutamos de una paz octaviana.

«Los vecinos nos estamos divirtiendo. Para evitar los atropellos de los *coches*, hemos acordado subir á las azoteas con instrumentos ruidosos para esparcir nuestro ánimo.

»Salen en el correo para Madrid algunos amigos. Ellos dirán lo que sucede...»

—

En el ministerio de la Gobernación se recibieron ayer informes de lo ocurrido, los cuales coinciden con despachos particulares que hacen diversas alusiones á los sucesos.

Por todas estas referencias se deduce que en el tren correo salieron ayer de Valencia varios vocales ó delegados para la asamblea republicana que hoy debe celebrarse en Madrid. Dichos viajeros eran los Sres. D. Rodrigo Soriano, Vinaixa y otros. Al primero de ellos le fueron á despedir sus amigos y al Sr. Vinaixa los partidarios del señor Blasco Ibañez.

Así que unos y otros se encontraron en la estación, comenzaron á insultarse, y de las palabras llegaron á los hechos, produciéndose una verdadera colisión que hizo necesaria la intervención de la fuerza pública.

Las referencias que llegan hasta nosotros no consignan más detalles.

Lo que produce general extrañeza es la excesiva censura que se ejerce, impidiendo que los corresponsales comuniquen desde Valencia los sucesos que allí se están desarrollando desde hace dias.

Los estudiantes de Valencia

A las seis y media de esta tarde, se congregaron los estudiantes en la Plaza del Temple, frente al Gobierno civil y de la casa del teniente alcalde conservador Sr. Maestre, que se opuso en la sesión de ayer á la destitución del jefe de policía.

La benemérita, que no tardó en presentarse, invitó en términos corteses á los estudiantes á que se retiraran, haciéndolo estos así, dando vivas y aplausos á los civiles.

Aunque se diseminaron luego por la Plaza de Tetuán y calles céntricas, no ha ocurrido incidente alguno.

Notas gallísticas

Con gran concurrencia se celebró anoche la ordinaria reunión de gallistas en el café del Siglo, quedando concertadas para celebrarse el domingo próximo cuatro quimeras que han de ser emocionantes.

El enrazado Sr. Rizo, dió dos pesos de pollos de 3-8, pua 17 y 18 á los que en el acto puso pareja Cesáreo; conviniendo los mismos además una riña de jacas de 3-9.

La cuarta quimera es entre Lorencio y Cesáreo, con jacas de 3-15.

Con buenos auspicios para la afición se presenta el espectáculo del día 29.

El Aprendiz.

VIAJES A PRECIOS REDUCIDOS

La tarifa de billetes por kilómetros que venía rigiendo en las líneas de la Compañía de Madrid á Zaragoza y Alicante ha sufrido una transformación, que redunda en beneficio del público y asegura un éxito más completo por lo mucho que la combinación ha mejorado.

Limitada la utilización de estos billetes á los trayectos comprendidos en aquellas líneas, urgía verdaderamente que su aplicación se extendiese á los de otras Compañías, para mayor facilidad en los viajes y mayor economía en los precios.

A esta necesidad se ha acudido con la nueva tarifa que empezará á regir el día 1.° de Abril próximo, en la cual toman parte, además de la citada Compañía de Madrid á Zaragoza y á Alicante, las de Madrid á Cáceres y Portugal y Oeste de España; Medina del Campo á Zamora y Orense y Vigo; Pontevedra á Santiago; Andaluces; Bobadilla á Algeciras; Sur de España; Zafra á Huelva; Alcantarilla á Lorca; Lorca á Baza, y Alcuneza á Soria.

Los billetes de esta importante combinación se dividen en diez series: la primera empieza con 3.000 kilómetros; la segunda tiene 1.000 kilómetros más, y así sucesivamente las restantes, hasta llegar á la décima serie, que termina con 12.000 kilómetros.

Los viajeros podrán recorrer libremente cuantas líneas pertenecen á las Compañías combinadas, utilizando los billetes en todas direcciones y obteniendo una reducción que bien puede calcularse de un 32 á un 50 por 100.

En los prospectos que profusamente han distribuido las Compañías, y en los carteles fijados en los sitios de costumbre, encontrará el público los detalles que necesite, sin perjuicio de acudir en consulta á las estaciones, despachos y oficinas centrales.

ALCANTARILLA

Noticias

Encuéntrase enfermo, auque no de cuidado afortunadamente, el hijo de nuestro respetable amigo el presidente de la Diputación provincial, Agustinito Lopez y Gomez de Albacete.

Deseámosle de todas veras un pronto y total restablecimiento.

—Se encuentra restablecida de la grave enfermedad que la ha retenido en cama varios dias, la ilustrada profesora de esta escuela de niñas, D.ª Josefa de Toledo y Melgares.

Nos alegramos.

—El Cinematógrafo instalado en esta calle Mayor, cuenta por llenos las funciones de cada noche.

Con tal motivo esperamos que su estancia en esta poblacion se prolongue varios meses.

El corresponsal

LA CRISIS

(POR CORREO)

Como estaba anunciado, esta tarde á las tres y media se han reunido los ministros en la Presidencia para celebrar Consejo.

El jefe del Gobierno y algunos consejeros declararon á su entrada que la reunión se dedicaria al exámen de los presupuestos parciales de varios departamentos y al despacho de expedientes de trámite.

Sin embargo, puedo adelantar que la importancia del Consejo ha de ser esencialmente política, teniendo en cuenta que no ha asistido al mismo el señor Villaverde y que en ausencia de éste es cándido creer que se aborde la cuestión de los presupuestos.

Los ministros reunidos no han querido declarar los motivos en que justifica su abstención el ministro de Hacienda, mostrándose en este punto reservados, pero sin ocultar su contrariedad.

Afírmase que el Sr. Villaverde ha excusado su asistencia fundado en el disgusto que le produce la intransigencia de algunos de sus compañeros al mantener los aumentos en la cifra de gastos de los presupuestos y acompañando con esta explicación la dimisión de su elevado cargo.

El Consejo que se celebra puede considerarse nulo, por consiguiente.

Sin embargo, la espectación por conocer su resultado es muy viva.

***

Ha terminado el Consejo de ministros. No se ha facilitado nota oficiosa.

El Sr. Silvela ha declarado ante los periodistas, al salir del Salón de Consejos, que el ministro de Hacienda ha dimitido y que iba á Palacio á dar al Rey cuenta de la determinación del Sr. Villaverde.

***

El planteamiento de la crisis ha dado lugar como otras muchas veces á que la fantasía se desborde á capricho de cada cual y se hagan conjeturas y cábalas para todos los gustos.

Los ministeriales dicen que el conflicto quedará solucionado mañana, limitándose á la salida del señor Villaverde, para sustituir al cual, vuelve á indicarse á don Faustino Rodriguez San Pedro.

Otros creen que el señor Silvela planteará á S. M. la cuestión de confianza y que al serle reiterados los poderes, como es de suponer, reconstituirá Gabinete, haciéndose extensiva la crisis á los ministerios de la Gobernación y Marina y pasando al primero de estos departamentos el señor Dato.

Lo que haya de determinarse pronto se sabrá. El señor Silvela está en palacio á la hora en que transmito estas noticias y cuanto ahora se diga respecto á la solución es aventurado.

Madrid 25—3—903

Bermudez.

Un cuento diario

—

Un D. Juan en Ciernes

El día más feliz de mi vida fué aquél en que, á la edad de diecinueve años, abandoné el hogar paterno para ir á París á proseguir mis estudios.

Aún recuerdo la hora solemne en que con un billete de mil francos en el bolsillo, partí sólo para la gran capital.

Mientras estaba en el andén de la estación esperando la llegada del tren, oí el ruido de cascabeles de un elegante carruaje, que no podía ser otro que el de la familia Leclointre, porque era ésta la única que en él poseía uu vehículo de aquella especie.

—Indudablemente—pensé yo—ahí viene Hilario Lencloitre, que, como yo, va también á París. ¡Cómo nos vamos á divertir en el camino!

Hilario y yo éramos condiscípulos, pero nuestras familias, aunque muy unidas, se veían muy de tarde en tarde, á causa de que nuestras casas estaban situadas á ocho leguas de distancia una de otra, á derecha é izquierda del ferrocarril.

El hermano mayor de mi condiscípulo se habia casado hacía un año con una parisiense muy rica, á quien yo no había visto jamás, porque su salud le había obligado á guardar cama casi durante todas las vacaciones. Cuanto á mi compañero, había viajado durante el verano, desde su salida del colegio. Sin embargo, sabía yo por sus cartas que debíamos encontrarnos en París.

Apenas se hubo detenido el coche en la estación, me dirigí hácia la portezuela. Pero no fué Hilario quien bajó. El carruaje no contenía más que una viajera de muy buen aspecto y elegantemente vestida.

—Dispense usted—le dije.—Creí que era usted Hilario.

—No es él—me contestó sonriendo la desconocida.—Hilario no irá á París hasta dentro de ocho días, á causa del bautizo.

—¡Ah!... ¿Ha dado á luz la condesa?—pregunté con visible desparpajo.

—Sí, un robusto niño.

—Tome usted en seguida su billete—dije á la parisiense.—Yo cuidaré de su maleta.

A los tres minutos estábamos solos, absolutamente solos, en un coche de la Compañía de Orleans, y el tren se ponía en marcha.

Yo creía que aquella mujer pertenecía á la familia de mi amigo, y estaba sumamente satisfecho de viajar con ella.

—¡Ah!—pensaba yo.—¡Si supieran en el país que una parienta de la condesa de Lencloitre ha pasado toda la noche con un jóven!... ¡Con tal de que nos hayan visto!

Mi compañera estaba muy tranquila, y no daba, al parecer, importancia alguna á su situación.

Se quitó el sombrero y se acostó en el asiento situado frente al mio, dejando ver apenas el extremo de dos zapatitos de raso negro.

—Dispénseme usted—me dijo.—He estado de pié toda la noche y estoy rendida de fatiga.

—¿De que le hablaré para entretenerla?—pensaba yo.

Por fortuna, fué ella la que entabló la conversación.

—¿Conoce usted mucho á los Lencloitre?—me dijo mi compañera.—Tienen una casa prociosa.

—Si, no está mal; pero es muy pequeña—contesté yo, dándome tono de inteligente.

—Lo que tiene es que está mal distribuida. No creo que los Lencloitre tengan una gran fortuna.

—Unos cien mil francos de renta.

—Ya es una cosa regular.

—Al menos, asi se lo he oido decir á mi padre.

—Su padre de usted debe ser muy joven todavia.

—Sí, señora.

—Y usted ¿que edad tiene?

—Veintidos años.

Era la primera vez que me habia atrevido mentir acerca de mi edad.

—¿Y vive usted en Paris?

—Sí, señor. Vivo en la calle de Grenelle.

Esta vez no mentia mas que á medias porque mi famila me habia tomado anticipadamente una habitación en el hotel *La Fontaine*.

¿Qué iba á ser de mi si aquella mujer se decidia á hablarme de la capital?

Mas por fortuna, la suerte siguó favoreciéndome.

—Caballero—me dijo la desconocida—me estoy muriendo de sueño. Tenga usted la bondad de correr la cortinilla de la luz.

Obedecí, y mi compañera se durmió á los pocos minutos.

Confieso que estaba confuso é inquieto, sin saber qué partido tomar. Francamente, no sabia cual ha de ser la actitud de un joven bien educado que viaja sólo durante la noche con una mujer bonita.

De pronto, un silbido de la máquina me anunció que nos acercábamos á una estación. El tren disminuyó su marcha, y al fin se quedó inmóvil. Varios viajeros corrian por el andén en busca de sitio, y de buena gana les hubiera gritado:

—¡Aquí, señores, suban ustedes!

Pero aquellos desdichados se metieron en coches que estaban ya casi llenos, y el tren reanudó su marcha.

Mi compañera y yo volvimos á quedarnos solos.

No tengo inconveniente en declarar que sospeché que estaba haciendo un papel ridículo, ¿por qué se me ocurrió la maldita idea de creer que tenia veintidos años?

Estuve á punto de confesar á aquella mujer que habia mentido.

Mi situacion era intolerable, y, por tanto, decidí quemar las naves.

Me eché de rodillas, tan lejos de ella como lo permitía la anchura del coche, y la desconocida, que notó mi movimiento, me preguntó friamente:

—¿Qué la pasa á usted?

—Nada—contesté acobardado.—Busco mi billete, que se me ha caido al suelo.

En aquél momento se abrió la portezuela y entró en el coche un revisor.

Al verle no tuve más remedio que decirle que habia perdido el billete.

El revisor se puso á buscar conmigo, y como era natural, no encontramos por parte alguna el pedacito de cartón, que estaba en el bolsillo derecho de mi chaleco.

—Volveré dentro de un rato—me dijo el empleado—y si no ha encontrado usted el billete, tendrá que pagar desde Burdeos.

El revisor se retiró y volvimos á quedarnos sólos.

—¡Qué fastidio! ¡Esos empleados la despiertan á una á lo mejor de su sueño!—exclamó mi compañera, disponiéndose á dormir nuevamente.

El revisor no volvió á parecer en toda la noche: pero hubiera podido presentarse. Esto bastaba para justificar mi reservada actitud.

Cuando hubimos pasado por las fortificaciones, exclamé con suave acento:

—¡Señora!...

Mi desconocida se despertó y me dijo:

—¿Hemos llegado ya?

—Aún no, pero llegaremos muy pronto.

Como había tenido tiempo de sobra para preparar una frase de efecto, me atreví á añadir:

—¡No dude usted, señora, de que no olvidaré nunca estas gratísimas horas que la casualidad nos ha hecho pasar juntos!...

Mi compañera, que estaba ocupada en arreglar su manta de viaje, no me contestó.

—¿Me permite usted—proseguí—hacerme presentar por mi amigo Hilario, á quien espero dentro de una semana? Esos ocho días me parecerán un siglo...

Figurábame yo que me interrumpiria, diciéndome:

—Pero si ya está usted presentado. Venga usted á tomar una taza de té conmigo una de estas noches.